

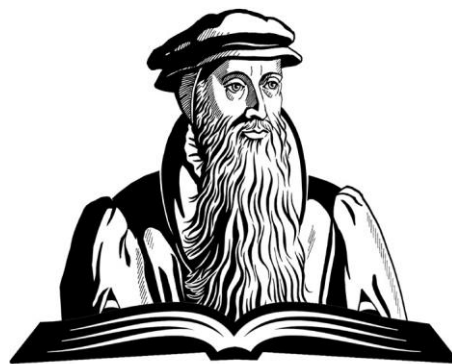
Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LA IGLESIA

Conferencia 3

Arrepentimiento, confesión y perdón



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

John Knox Institute of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

© 2021 by John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, con fines de lucro, salvo en citas breves con fines de revisión, comentario o investigación, sin la autorización escrita del editor, John Knox Institute, PO Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas proceden de la versión Reina Valera 1960.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. A. T. Vergunst es ministro del Evangelio en la Reformed Congregation de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación de la Reformed Congregations of New Zealand.

www.rcnz.org

A photograph showing the backs of two men standing outdoors. The man on the left is wearing a dark grey hoodie, and the man on the right is wearing a dark purple jacket. They appear to be in a conversation. The background is slightly blurred, showing green foliage.

RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LA IGLESIA

Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción
2. Instrucciones de Jesús sobre la confrontación
3. Arrepentimiento, confesión y perdón
4. Rodeados de oración y amor
5. Excomunión y restauración

RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LA IGLESIA

por el Rev. A. T. Vergunst

Conferencia 3

Arrepentimiento, confesión y perdón

Bienvenidos a nuestro tercer estudio sobre la Resolución de Conflictos entre creyentes, según lo establecido por el Maestro, el Señor Jesucristo, en Mateo 18, y en particular, los versículos 15 al 17. Ahora, antes que ahondemos en las instrucciones del Señor, déjenme intentar convencerles de las cinco ricas bendiciones y beneficios que proceden de la confrontación bíblica. Esto es para motivarnos.

Primero, tratar con el pecado honra al Señor de la gloria. Como la santidad de Dios es su hermosura, así cualquier negligencia en cuanto a la santidad hace que la causa de Dios sea despreciable. Ahora, la segunda motivación es que tratar con el pecador lo salva de la muerte y detiene los efectos expansivos que siguen a cualquier pecado. Notamos en una conferencia anterior, en Santiago 5, versículo 20: «sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma y cubrirá multitud de pecados». Ahora, la tercera motivación: tratar con el pecado beneficia al ofendido. Jesús señala este ánimo en Mateo 18, versículo 15: has ganado a tu hermano. Y cuarto, tratar con el pecado beneficia a toda la casa de Dios; piensen en esto. Si sigue habiendo un Acán en el campamento, como en los tiempos de Josué, toda la familia de Dios sufrirá (Josué 7). Y Jesús advierte acerca de esto, en los pasajes de Apocalipsis 2 y 3, acerca de tolerar a los falsos maestros o falsas enseñanzas. Si ellos no tratan con esos asuntos, el Señor los abandonaría por completo. Y en quinto y último lugar, tratar con el pecado incluso beneficia al mundo, al ver ellos el testimonio de amor y perdón, y ese testimonio no se verá afectado cuando lo resolvamos. Jesús declara, en Juan 13: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos por los otros» (versículos 34 y 35). ¡Qué poderoso testimonio para el Rey y su gloria es este amor genuino y activo, así como en la resolución de conflictos!

Así, recapitulemos lo que hemos aprendido hasta aquí en Mateo 18, versículo 15: «Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos». Ahora, hemos observado que nuestra confrontación necesita estar, antes que nada, impregnada de amor. Según Efesios 4:15, hemos de hablar la verdad, pero en amor. Segundo, realmente se necesita ser activo. El mandamiento de Jesús es: «Ve», y en el griego original, tiene el sentido de «está yendo»: no demores; no pospongas esta confrontación. Tercero, la confrontación debe ser intencional: «Ve y dile su falta». El propósito del encuentro no es tener un bonito tiempo hablando juntos o un bonito tiempo para buscar una oportunidad para abordar el tema, si esta aparece. No, nuestra conversación necesita ser intencional, para resolver un caso de pecado. Por consiguiente, sé directo y pregunta a la persona:

«¿Cuándo es el mejor momento para que hablemos acerca de este asunto que está en mi corazón?». Cuarto, necesita ser verbal, pues hemos de «decirle su falta». En el original griego, «decir», tiene el sentido de «reprender», que es, por consiguiente, lo que tienes que buscar para convencer a la persona acerca de su falta que te ha dañado a ti y a otros. Así, recordemos a cada uno que los problemas no se resuelven con gestos, o ignorándolos, o evitando el tema, o con otras comunicaciones no verbales. El Señor espera que lo hablemos de manera intencional y bíblicamente. Ahora, en quinto lugar, dice que necesita ser privado—es «entre tú y él solos». Necesitamos hacer esto para proteger el nombre del ofensor, y por consiguiente, nuestro Señor nos ordena mantener la falta en privado, entre el ofensor y tú mismo.

Entonces, tracemos ahora con más detalle cómo nuestro Señor quiere que abordemos los conflictos, trayendo aquí otras pocas escrituras en las que Dios amplía este tema. Ahora, necesitamos venir en el espíritu del apóstol, cuando confrontamos a otro. Pablo escribe en 2 Corintios 2, versículo 4, cuando reflexiona acerca de la amonestación fraternal que tuvo que dar en su carta anterior. Noten en esas palabras los sentimientos de su corazón. Él dice: «Pues por la mucha tribulación y angustia del corazón les escribí con muchas lágrimas, no para que fueran contristados, sino para que supieran el abundante amor que tengo por vosotros». Amigos, ¡qué diferencia hará cuando nosotros tratemos con otros con tal angustia de amor!

Ahora, también necesitamos ser amables, necesitamos ser mansos, tal como se señala en Gálatas 6, versículo 1. Allí leemos: «restaurad al tal con espíritu de mansedumbre». Ahora, una persona sorprendida en pecado es como una persona con su hueso dislocado, fuera de su cavidad. Ahora, si no tratamos con ese hueso fuera de su cavidad con sabiduría, nuestros esfuerzos para restaurar pueden acabar en un daño mayor o incluso permanente. Así, sé amable. Necesitamos, por consiguiente, ser mansos y humildes, como indica Gálatas 6:1. ¿Y cómo?, «considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado». Tú y yo somos capaces de caer en los mismos pecados si la gracia de Dios no nos guarda de los restos pecaminosos del viejo hombre que permanecen en nosotros. Una vez, dos hermanos —llamémosle hermano Mayor y hermano Menor— iban a confrontar a un hermano acerca de su pecado. Y mientras iban, el hermano Menor señaló: «Simplemente no entiendo cómo nuestro hermano pudo cometer un pecado como este». Ahora, cuando oyó esto, el hermano Mayor, quien conducía el automóvil, paró el coche y dio media vuelta para volver a casa. Entonces el hermano Menor, algo sorprendido, preguntó: «¿Por qué estás regresando? ¿Has olvidado algo?». Y la respuesta del hermano Mayor fue muy instructiva: «No, no he olvidado nada, pero estoy regresando para buscar a otro hermano que me acompañe, porque tú no tienes la actitud correcta para tratar con tu hermano que ha errado». Ahora, esta es una lección poderosa.

Así, finalmente, por consiguiente, necesitamos estar en oración. Todas nuestras confrontaciones amorosas deben estar impregnadas de oración. Pide insistentemente a Dios; ruégale que se glorifique en toda esta confrontación. Pide que el fruto del Espíritu adorne tu encuentro con el otro. Pide que el amor domine toda tu conversación, que una gran paciencia nos controle, que la amabilidad caracterice todas las interacciones, que la bondad y mansedumbre adorne a los dos mientras hablamos de ello. Ora que la fe o fidelidad a la verdad nos guíe, y que el dominio propio se muestre, y finalmente que el gozo y la paz corone todos los esfuerzos. Sumérgete en oración. Y la corona de todas estas labores a este nivel privado es lo que Jesús describió con estas reconfortantes palabras: «si te oyere» —y te sigue— «has ganado a tu hermano». ¡Qué motivación más maravillosa es esta perspectiva: restaurar a alguien del camino de pecado y estar reconciliados!

Ahora, para que tenga lugar una plena reconciliación, también tenemos que considerar lo que el Señor nos enseña en Lucas 17, versículos 1 al 5. Así pues, vamos a considerar este pasaje de la voluntad de nuestro Señor, que es tan crucial para la resolución de conflictos. Jesús comienza su

instrucción recordándonos acerca de la realidad de esta vida. En Lucas 17:1, él dice: «Y dijo a *sus* discípulos: Es imposible que no vengan los tropiezos; mas ¡ay de aquel por quien vienen!». En otras palabras, Jesús reconoce que las ofensas son inevitables, aun entre su propio pueblo. No pueden sino suceder, puesto que nuestra santificación no será completa hasta que estemos en el cielo. En cada casa de Dios, habrá pecados que irriten, que ofendan, que hieran o que amenacen la unidad. Necesitamos recordarnos que la iglesia visible de Dios en esta tierra no es un museo de santos perfectos. No, hemos de considerar la casa de Dios, la iglesia de la que somos parte, como una zona de construcción, en la que Dios, a través de su Palabra y Espíritu, está perfeccionando a su pueblo. Y, amigos, no habrá perfección hasta que Dios traslade a su pueblo de la gracia a la gloria.

Y sin embargo, noten que Jesús no minimiza los pecados que se encuentran entre su pueblo aquí en la tierra. Él dice: «¡ay de aquel por quien vienen! Mejor le fuera si le ataran al cuello una piedra de molino de asno y lo lanzaran al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeños». Ahora, esto se encuentra entre los dichos más duros de nuestro muy benigno Salvador. La advertencia es clara: No toques a estos pequeños ni los hagas tropezar. Pero entonces el Señor vuelve su atención a los ofendidos, en Lucas 17, versículo 3: «Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale». Lo que Jesús no añadió en Mateo 18 lo ha añadido en Lucas 17: «y si se arrepintiere, perdónale».

Ahora, el arrepentimiento es lo que deseamos ver en el hermano o hermana que nos ha ofendido o que ha pecado contra nosotros. El arrepentimiento es un cambio de nuestra mente que lleva a un cambio de comportamiento. Tras asumir la responsabilidad del pecado, el arrepentimiento se expresa en confesión, así como en petición de perdón. Ahora, en el arrepentimiento te humillas ante el ofendido y dices algo así como: «Sí, ahora veo que lo que te he dicho o lo que te he hecho estaba muy mal, fue muy hiriente y fue pecaminoso. Sí, me equivoqué. He hecho esta falta, he pecado contra ti al hacer esto», y entonces confiesa el pecado que hizo. Y eso debería ser seguido de: «Por favor, ¿me perdonas?». ¿Por qué esto es tan difícil de pedir: pedir a alguien que nos perdone? Porque son gente orgullosa. Odiamos humillarnos. Humillarse y confesar que nos hemos equivocado sabe cómo a derrota, ¿no es verdad? Sin embargo, ¡el humillarse así y hacer esta confesión es de una gran victoria! Ahora, no es tu victoria como reprobador ni es tu victoria como arrepentido: es la victoria de la Majestad del cielo, quien hace que nuestros corazones estén dispuestos en el día de su poder para que nos humillemos. Si, por la gracia de Dios, dominas tu propio espíritu, entonces eres más fuerte que el que conquista toda una ciudad (Proverbios 16:32). Nada es más duro para nuestra orgullosa naturaleza humana que humillarnos ante un hermano o hermana y confesar y avergonzarnos de nuestros pecados, buscando que sean perdonados. Este es el objetivo. Es lo que estamos buscando cuando confrontamos un pecado, ya sea en privado o en los pasos posteriores de intentos públicos o corporativos de llevarlo al arrepentimiento.

Así, tengamos claro que el ejercicio del perdón también es una orden, pero sólo cuando hay una expresión de arrepentimiento. Escuchen de nuevo lo que Jesús dice: «y si se arrepintiere, perdónalo». Dios no perdona el pecado cuando no hay arrepentimiento en nuestros corazones y no se ha hecho confesión con nuestra boca delante de él. Es la ausencia del arrepentimiento y de la confesión que hace que el pecado contra el Espíritu Santo sea imperdonable. El pecador que cometió este pecado nunca se vuelve del error, ni se arrepiente, ni busca el perdón. Y cuando no hay arrepentimiento expresado en la confesión, y no se busca el perdón de Dios, aun el Señor no perdona al pecador. Aunque él siempre está dispuesto a perdonar en todo tiempo, él no perdona al pecador que no se arrepiente. Y así, tú y yo debemos estar dispuestos a perdonar. Hemos de expresarlo con nuestras palabras y nuestra actitud. Pero el perdón real sólo es posible cuando hay arrepentimiento, seguido de confesión y de la petición de perdón.

Así, si nuestra confrontación en privado o nuestra posterior confrontación corporativa acaba en la expresión de arrepentimiento, el mandamiento incondicional del Señor es: «Perdónalo». «Perdonar», literalmente, en griego significa «enviar tan lejos como sea posible, fuera de la vista, tan lejos como está el oriente del occidente». Amigos, perdonar es como hundir un pecado en las profundidades del océano, de donde no se puede recuperar. Perdonar es apartar el pecado, de manera que ya no vivas en él. No se trata de decir: «Te perdono», mientras guardas rencor y tratas al pecador arrepentido como si todavía fuera tu enemigo y no tienes nada que hacer con él o ella. Ahora, perdonar como Jesús nos ordena es una de las cosas más difíciles de hacer. No está en nuestra naturaleza perdonar. Por lo tanto, nunca pensemos acerca del perdón como un ejercicio superficial de palabras. Por el contrario, es uno de los más exigentes ejercicios de amor.

Y como nota al margen, esto es todavía más difícil para aquellos que han sido profunda y permanentemente heridos por los pecados de otros. No todo pecado es el mismo. Que le mientan a uno, o ser estafado o que alguien te haya robado el dinero, o injuriado tu nombre, esto es definitivamente pecado. Pero ser abusado, violado, avergonzado, o mutilar emocionalmente a alguien son pecados que dejan a la persona profundamente herida y con cicatrices para el resto de su vida. Y esa persona tendrá efectos de por vida. En esos casos, cuando el pecado ha tenido este impacto tan serio, nunca pensemos o hablemos ligeramente acerca del perdón. Para estos corazones heridos, se necesita una gracia superespecial para perdonar de verdad, de todo corazón. Y aun cuando se ejerza este perdón, en esos casos de abuso o mutilación de las emociones, necesitamos recordar que esto no siempre significa una completa restauración de una relación funcional en esta vida. Ahora, para la protección de las víctimas frágiles y heridas, se necesita mantener distancias seguras, incluso con aquellos que se han arrepentido y que son abusadores perdonados.

Para completar todo esto, nuestro Señor concluye su instrucción acerca del perdón con un sorprendente añadido. Es este: «Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día se volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónalo». Tal vez los discípulos se miraron unos a otros con un gran signo de interrogación en sus ojos: «¿De veras, Señor? ¿Es verdaderamente lo que nos obligas que hagamos? ¿Realmente? ¿Quién es suficiente para perdonar así, y hacerlo una y otra vez? ¿Cómo podemos ser tan amorosos y genuinos y generosos para hacerlo una y otra vez?». En Mateo 18, versículo 21, Pedro se aventuró a preguntar al Señor Jesús si siete veces era el límite. La respuesta del Maestro a esta pregunta es todavía más sorprendente: «Jesús le dijo» —a Pedro y a nosotros— «No te digo hasta siete veces, sino aun hasta setenta veces siete».

Bien, dense cuenta cómo respondieron los discípulos a este «perdonar muchas veces»: «Señor, auméntanos la fe». ¿No es sorprendente que no hubieran pedido un aumento de amor? ¡Pues está claro que se necesitan grandes cantidades de amor para perdonar setenta veces siete! Es cierto que necesitamos grandes cantidades de amor para perdonar un gran número de veces. Pero ¿de dónde proviene este amor? Este amor sólo procede del Espíritu de Cristo viviendo en nosotros. Viene cuando creemos cómo Dios nos perdona, de manera voluntaria, gozosa y repetidamente, al mayor costo posible para sí mismo. Y puede parecer irreal que mi hermano peque contra mí siete veces al día y venga a mí, pidiendo perdón, siete veces al día. Amigos míos, no es irreal que yo peque siete veces al día contra Dios. ¿Cuántas veces fallamos en amar al Señor con todo nuestro corazón, mente y fuerzas a lo largo del día? ¿Cuán a menudo no amo como debiera a mi prójimo, incluido a mi esposa, mis hijos, y ciertamente a mis enemigos, con el mismo amor que Jesús amó a su prójimo, incluso a sus enemigos? Además de los pecados de acción, están los pecados de omisión, las cosas que dejamos de hacer. Por tanto, a la luz de esto, incluso setenta veces siete cada día no son irreales en nuestra relación con Dios.

¿Y ven ahora la razón por la que los discípulos pidieron que les aumente la fe? Si a diario vivo en el gozo del perdón de mi abrumadora deuda a Dios, llegará a ser mucho más fácil perdonar

los pequeños pecados que otros me hayan hecho. Entonces es incluso posible hacer lo que es, humanamente hablando, imposible, como Jesús dijo: «Si tuviereis fe como [el pequeño tamaño de] un grano de mostaza, dirían a este [gran] sicómoro: Desarráigate y plántate en el mar; y les obedecería». En otras palabras, incluso si tu fe en el inmenso perdón de Dios por tus pecados es tan pequeña como un grano de mostaza, hará que seas capaz de mostrar amor a tu prójimo perdonándolo.

Y recordemos que perdonar a mi hermano o hermana, aunque pueda ser difícil, nunca lleva el costo infinito que Dios tuvo que soportar para perdonarte a ti. Para él, perdonar incluso uno de nuestros pecados significó la muerte en la cruz de su Hijo unigénito y amado, Jesucristo. ¿Y quién de nosotros podrá medir este amor de Dios por nosotros, los rebeldes, de sacrificar a su Hijo para hacer posible nuestro perdón? Busquemos la gracia para conocer y para vivir y para permanecer en la fe del perdón de Dios de nuestros pecados por causa de Jesucristo. Y sólo entonces tú y yo seremos capaces de dominar el espíritu vindicativo y ofendido contra nuestro hermano que ha pecado contra nosotros, incluso si lo ha hecho repetidamente.

¿Y qué pasa si esta confrontación personal no conduce al fin deseado? Bien, en ese caso, el Señor Jesús expone los detalles de nuestras siguientes acciones, y consideraremos esto en nuestro próximo estudio acerca de este tema.

Muchas gracias y que Dios bendiga estas palabras.